

HEMOS leído en la prensa de todo el mundo que Jacques Maritain, el filósofo católico de ochenta y nueve años, acaba de hacerse religioso de los modernos frailes obreros llamados Pequeños Hermanos de Jesús.

Sin duda Maritain, que había dicho en 1961: «Permanezco un filósofo laico y no tengo ninguna intención de enclaustrarme», ha cambiado aparentemente de intención. Aunque en aquella época indirectamente ya lo confesaba cuando dijo: «Tengo una gran sed de silencio».

Pero esta sed de silencio no le ha hecho volverse mudo, porque ha seguido publicando libros —más o menos desacertados— y profesando la enseñanza de la filosofía a estos religiosos obreros de nuestro mundo contemporáneo. Una filosofía que —en su intención— quiere ser «una filosofía al aire libre, en la que la experiencia concreta juegue un primer papel y sea constantemente renovada por la nueva *intelligentsia* de los obreros, los técnicos, los artesanos o campesinos, en contacto con el trabajo y con un género de vida arrimado a lo real concreto». Filosofía que «tiene pocas oportunidades del lado de la *intelligentsia* burguesa» (H. Bars. La política según Jacques Maritain. Ed. Seuil. Préface de J. Maritain).

La lectura serena y reflexiva de toda su extensa obra de pensador católico —con más de cincuenta y cinco libros seriamente escritos— y comprometido siempre en la realidad intelectual y activa de este mundo, puede ser una buena ayuda para repensar los problemas de nuestro mundo de hoy y de mañana a su renovadora luz de ayer.

Hace cincuenta años, cuando la Iglesia condenaba a los demócratas sociales —como el católico Marc Sangnier en tiempos de San Pío X— y se inclinaba nuevamente por la fascista *Action Française* —en los primeros tiempos de Pío XII—, Maritain representó la fuerte personalidad de quien su convicción cristiana le llevó a predicar las consecuencias de apertura y humanidad que muchos creyentes no supieron deducir del mensaje evangélico. «El cristianismo —afirmaba— enseñó la unidad del género humano, la igualdad natural de todos los hombres hijos del mismo Dios...; la dignidad inalienable de cada alma creada a imagen de Dios; la inviolabilidad de las conciencias; la obligación para los que mandan de mandar en justicia y para los que poseen de administrar los bienes que les han sido confiados para el bienestar común; la sumisión de todos a la ley del trabajo; el llamamiento de todos a compartir la libertad de los hijos de Dios...; y la ley del amor fraternal que se extiende a todos, aun a los que son nuestros enemigos, porque todos los hombres... son miembros de la familia de Dios. El cristianismo proclama que allí donde está el amor, allí está Dios» (Cristianismo y Democracia). Pero al mismo tiempo confiesa Maritain que estos pensamientos y estas aspiraciones «avanzaron subterráneamente durante siglos antes de manifestarse», porque fueron mal comprendidas y deformadas en su dignidad «por la indignidad de los cristianos».

Es verdad que hoy, a la luz del conjunto de su obra, pueden desprenderse aspectos más radicales que quizá se mantuvieron ocultos o disminuidos entre las muchas palabras matizadas que escribió. Pero la insistencia en ciertos temas y puntos de vista descubre hoy la importancia decisiva, en su pensamiento y en su actitud, de estas ideas-base que quiero resumir como es-

MARITAIN

UN PATRIARCA DE LA DEMOCRACIA



pectador de su obra y para reflexión de los lectores.

El hombre y la moral

El hombre está en el centro del pensamiento de este patriarca católico de la democracia humana. De tal modo que la moral nunca es para él una camisa de fuerza que aplaste la vitalidad humana, sino todo lo contrario. De forma parecida a Freud, se desprende de su pensamiento que la moral del super-yo ha sido una pesada losa que ha oprimido muchas veces la expansión humana. La moral no es ni un código de prohibiciones, ni un catálogo de pecados, ni siquiera un conjunto de normas que se imponen al ser humano. La moral es precisamente ser hombre, porque «el hombre debe realizar voluntariamente lo que en su propia naturaleza se halla en germen: según un lugar común, que se remonta a Píndaro —y que es un lugar común muy profundo—, el hombre debe devenir lo que ya es» (La Persona y el Bien común).

Pero la personalidad que todos nosotros debemos tener, la persona que debemos ser, es una persona abierta, porque su estructura está hecha de «generosidad radical». El individualismo pagano, que tanta influencia ha tenido en el pensa-

miento cristiano debe ser de una vez abolido: en el cristianismo no puede haber egocentrismo, por elevado que se le suponga a este último.

De esta forma llegamos —a través del pensamiento de Maritain— a la idea de una moral psico-biológica. En vez de buscar la moralidad en un mundo separado de la Naturaleza, ésta se encuentra enraizada en aquélla, y «es como un resultado de las inclinaciones esenciales» del ser humano (Ciencia y Sabiduría). Así conectaría este planteamiento de la moral —implícita en Maritain—, no con el moralismo del predicador o del filósofo árido que inventan desde su laboratorio, emotivo el primero y abstracto el segundo, un ineficaz código de conducta. Porque cuando el ser humano se acostumbra a reaccionar de acuerdo con sus propias tendencias, profundas, constructivas y desarrolladoras, entonces la evolución estará en marcha y el hombre resultará moral sin necesidad de moral.

Las investigaciones experimentales y las minuciosas observaciones del profesor Jean Piaget, de Ginebra, han confirmado este punto de vista en el desarrollo moral del niño. El niño más moral no es el que recibe más amonestaciones de los padres o más normas de su profesor de religión, ni siquiera el que

es emotivamente frenado por el temor al castigo temporal o eterno, sino el que vive espontáneamente un ambiente propicio al desarrollo de sus más íntimas inclinaciones a la ayuda mutua. A esa ayuda mutua en que el científico y transformador serial Kropotkin hacia consistir —adelantándose cincuenta años a la antropología actual— el móvil fundamental de la biología humana, cuando el hombre evoluciona individual y socialmente en sentido positivo para la historia.

El nacionalismo

Su lucha contra el totalitarismo fue constante, y lentamente llegó a comprender que el gran mal de los Estados modernos era aceptar «el falso prejuicio de que el Estado es una persona, una persona soberana» a la cual el individuo debe sacrificarse como a un ídolo. Pero «el Estado —para él— no es nada más que una parte del cuerpo político» (El Hombre y el Estado). Se halla —por eso— en desacuerdo «con el principio de las nacionalidades»: él ve, como Pío XII, un futuro mucho más internacionalizado, porque en la época novena demasiadas veces «la Nación se ha vuelto una divinidad terrestre en que el egoísmo es sagrado» (El Hombre y el Estado).

Incluso llega a pensar que el Estado no es propiamente soberano, porque «Dios sólo es Soberano». Por eso no es extraño que diga que «podemos tener antipatía por la maquinaria del Estado, y yo mismo, por mi parte, no lo estimo —confiesa él—, aunque muchas cosas que no estimamos —como ésta— sean necesarias». Lo que ocurre es que el Estado moderno debía, sobre todo, ocuparse de «poner en vigor la justicia social», «en vez de ocuparse de las cosas de la inteligencia, para las cuales no está preparado» (El Hombre y el Estado). Sin embargo, muchos Estados modernos presionan la inteligencia humana, impidiendo demasiadas veces ser al hombre independiente, y, por otro lado, ponen restricciones a poder colocar en primer lugar el aspecto social, dándole, desgraciadamente, menos importancia que al aspecto individual competitivo o al aspecto autoritario de mando impositivo.

De esta forma, «el Estado... es responsable ante el pueblo» (El Hombre y el Estado), porque —como dijeron los antiguos pensadores católicos— «el Príncipe es el vicario de la multitud», ya que, según «la doctrina medieval, y sobre todo tomista, el Príncipe no es el vicario de Dios, sino el vicario del pueblo» (H. Bars, o. c.).

El pueblo, para Maritain, es más que el Estado, porque este último es una parte del cuerpo político, y en cambio «el pueblo es la sustancia libre y viva del cuerpo político» (El Hombre y el Estado).

A pesar de todo, no nos hagamos ilusiones: el pueblo, que «es la gran reserva de espontaneidad vital y de antifarisaísmo» (Razón y Razones), «está adormecido» (H. Bars, o. c.) porque en demasiadas ocasiones, en la mal llamada civilización cristiana del mundo actual, ha sido preparado por los medios publicitarios y de comunicación social a acostumbrarse a este sueño, en el cual lo único que importa son «los negocios tal como se hacen usualmente» (El Hombre y el Estado), en vez de despertar a la personalidad que —con esa reserva de espontaneidad vital y de antifarisaísmo— podía tener si la multitud en la sociedad moderna dejase de ignorar qué es «el pueblo» y adquiriese conciencia concreta de serlo (ver El Hombre y el Estado). Porque, aun en los países más demócratas, se olvida esto muchas veces.

ENRIQUE MIRET MAGDALENA

El maquiavelismo

Maritain no ha caído en el error, como tantos católicos, de llamar maquiavelismo a la eficacia dinámica de los movimientos sociales ateos de nuestro siglo, como ha sido el marxismo; porque «los autores marxistas —para Maritain— tienen gran cuidado de repudiar la máxima "El fin justifica los medios"... como de hecho hizo Marx... rehusando su obediencia a las promiscuidades de la política revolucionaria... indignándose contra los contubernios que su yerno Lassalle intentó concluir con Bismarck» (La Filosofía Moral).

En cambio, si combate el burdo maquiavelismo de un Hitler, del cual Herman Rauschnig descubrió: «Hitler me dijo que había leído y releído "El Príncipe", del gran florentino (Maquiavelo). Según su opinión este libro es indispensable a todo hombre político, y durante mucho tiempo no se apartó del lado de Hitler» (H. Rauschnig. Hitler me dijo).

Maritain, como todo hombre que confie en la justicia y en la razón humanas como impulso motor de la historia hacia una evolución positiva, piensa que de momento el maquiavelismo triunfa; pero que, a la larga, está llamado al fracaso. «Las injusticias políticas, la deslealtad política, la ambición desmedida, el egoísmo o la cobardía, la explotación de los pobres y débiles, la embriaguez del poder o de la gloria o del propio interés, o esa especie de habilidad política que consiste... en denunciar a un Estado agresor que está atacando a una nación débil, pero al mismo tiempo seguirle vendiendo armas y materiales de guerra, porque el negocio debe seguir adelante; todo esto, al fin de cuentas, siempre se paga muy caro» (Principios de una Política Humanista). Así comentaba sir Norman Angell en plena guerra mundial, que «si hubiéramos aplicado hace diez años con resolución la política de ayudar a la víctima de la agresión a defenderse, no estaríamos ahora en guerra absolutamente. Es una verdad evidente que porque nosotros en Inglaterra fuimos sordos a los clamores que se levantaban de los hogares de China, aplastados por el invasor, ahora tenemos que presenciar la cruel destrucción por los invasores de los viejos santuarios ingleses, porque no quisimos oír los gritos de los niños chinos asesinados por el invasor, tenemos ahora que escuchar cada noche los gritos de los niños ingleses víctimas del aliado de aquel mismo invasor».

Maritain es antimachiavelista; pero no por eso cae en las ingenuidades de una «hipermoral» idealista, porque la moral política —como la moral humana, y aún más que ella— está enraizada en la realidad dinámica del hombre y de la sociedad, y lo que debe hacer es favorecerla. Por eso los partidarios de Maquiavelo han tenido tanto éxito contra este moralismo equivocado de carácter idealista, haciendo «que la ética política sea algo impracticable y meramente ideal». Porque la moral política «no consiste en rehusar farsisamente todo contacto exterior con el lodo de la vida humana, ni tampoco en esperar un mundo moralmente aséptico antes de consentir trabajar por el mundo, ni

tampoco en esperar, antes de salvar a su vecino que se está ahogando, llegar a ser un santo para evitar todo riesgo de falso orgullo por tal acto de generosidad» (Principios de una Política Humanista).

Derecha e izquierda

La vida, si se le dejase desarrollar con espontaneidad auténtica, sería movimiento hacia adelante y hacia lo profundo. En una palabra: sería de izquierdas y no de derechas, según la terminología de Maritain. «El puro hombre de izquierdas detesta el ser, y prefiere siempre... lo que no es a lo que es; en cambio, el hombre de derechas detesta la justicia y la caridad, prefiriendo siempre, según la palabra de Goethe, la injusticia al desorden» (Carta sobre la Independencia).

El dinamismo propio de la política de izquierdas, según Maritain, debe llevar a que «una sana política cristiana debería sin duda ir muy lejos hacia la izquierda en el orden de ciertas soluciones técnicas, en la apreciación del movimiento concreto de la historia y en las exigencias de transformación del presente régimen económico» (Carta sobre la Independencia).

El dinamismo propio de la política de izquierdas, según Maritain, debe llevar a que «una sana política cristiana debería sin duda ir muy lejos hacia la izquierda en el orden de ciertas soluciones técnicas, en la apreciación del movimiento concreto de la historia y en las exigencias de transformación del presente régimen económico» (Carta sobre la Independencia).

Por eso Maritain —a pesar de sus veleidades conservadoras en la expresión religiosa de su ancianidad— colaboró en el semanario *Vendredí*, que apareció en 1935 «orientado a la izquierda y políticamente independiente».

El hombre piadoso y de justicia individualista raquítica no puede ser nunca un político a causa de su simplista buena voluntad. Al político le hace falta algo más que la buena voluntad, «necesita también el conocimiento de las técnicas útiles al servicio del bien común... y conocer la faz política de la justicia, de la amistad fraternal, del respeto a la persona humana» (Humanismo Integral). Ante las ingenuas revoluciones violentas que casi siempre afirman, por reacción, a los poderes fuertes de derecha, oponía el ser «revolucionario incluso de cara a la revolución». Su actitud, aunque con matizaciones, era por eso contraria a la guerra: «la oposición entre el cristianismo y la guerra es a la vez más violenta y más misteriosa de lo que se cree a veces; es la oposición entre dos absolutos... Para el cristiano que la guerra obliga a matar a hermanos desconocidos, a hermanos que siempre debe amar, incluso cuando los combate sangrientamente, la guerra es un estado monstruoso del mundo, un estado de agonía y de tinieblas del mundo» (Pour la Justice). «Las guerras, aun las guerras justas que una nación se ve forzada a aceptar contra un injusto agresor, son con frecuencia el pago exigido a una civilización por aquellos pecados que antes subrayó Maritain de la política maquiavelica».

Al final cree sinceramente en la eficacia de los métodos no violentos que utilizó Gandhi, pero aplicados en un determinado contexto político propio, como dice en su obra básica *El Hombre y el Estado*.

Socialismo y capitalismo

Jacques Maritain rinde un homenaje manifiesto al humanismo socialista, y dice de él que «por graves que fuesen sus errores y sus ilusiones, el socialismo ha sido en el

siglo XIX una protesta de la conciencia humana y de sus más generosos instintos contra los males que clamaban al cielo; fue una gran obra establecer el proceso contra la civilización capitalista y despertar el sentido de la justicia y de la dignidad humana en el trabajo contra las potencias que nada perdonan» (Humanismo Integral).

La miseria en las sociedades modernas resulta un «producto normal de su funcionamiento», justamente por no haber conocido los males del capitalismo y de la necesidad de una nueva estructura del régimen de propiedad.

Su buen amigo, el convertido René Schwob definía al capitalismo —con palabra un poco apocalíptica— como «abyecta sociedad de epicúreos gozadores, de egoístas hipócritas y de gentes que se sirven de la religión para defender sus privilegios y sus cajas fuertes». Por eso Maritain condena la estructura económica de nuestras sociedades occidentales —con palabra menos histórica, pero más profunda—, porque «están fundadas sobre dos principios que son contra-natura: la fecundidad del dinero y la eficacia humana del utilitarismo egoísta» (Arte y Escólastica). Es verdad que su visita a América le hizo vacilar en algunas de estas ideas, pero nunca renunció a luchar contra la estructura mercantilista de nuestra civilización económica, que enseña que «nada se obtiene por nada». Lo que es necesario es encontrar una civilización humana en donde «se obtenga por nada el mayor número de cosas posibles» (Humanismo Integral). Y por eso para él el trabajo es la raíz próxima de la apropiación de los bienes terrenos: «lo que sirve al trabajo de la persona pide por sí mismo ser cosa de la persona» (Du régime temporel et de la liberté). Además, cuando el mundo no escucha estas voces se está en peligro de una revolución en el cuerpo social, porque cuando «el uso común de los bienes está por debajo de un cierto límite, una revolución en el cuerpo social es casi inevitable» (Du régime temporel et de la liberté). Palabras que casi repiten literalmente las de Pablo VI en la *Populorum Progressio* sobre el mismo tema, a pesar de haber sido escritas muchos años antes que las del Papa.

La convivencia humana

El pluralismo, a todos los niveles —religioso, político, cultural—, es un estado que los cristianos debemos aceptar, porque «un ideal histórico concreto no será nunca realizado como una cosa hecha, sino como un movimiento, como una cosa que está haciéndose y que siempre debe hacerse». Por eso, «la base de un buen compañerismo entre los hombres de diferentes creencias no es del orden del intelecto y de las ideas, sino del amor y del corazón: es amistad... Y el amor no se dirige a esencias, cualidades o ideas, sino a personas... Así este compañerismo no es de creencias, sino de hombres que creen» (Utilidad de la filosofía. Ed. Morata, Madrid, 1962).

La libertad y la tolerancia son imprescindibles en la convivencia entre los hombres, precisamente porque nadie está en posesión plena de la verdad y porque el diálogo compartido es imprescindible para avanzar en el descubrimiento de la realidad, y para ello hemos de respetar el único medio de alcanzar la verdad que tienen los hombres, que es su libre búsqueda en todos los planos profanos o sagrados. «Hay tolerancia real y auténtica no sólo cuando un hombre está firme y absolutamente convencido de una verdad, o de lo que mantiene como tal, sino cuando, al mismo tiempo,

reconoce el derecho a existir de los que niegan su verdad, le contradicen y expresan su propia opinión, no porque se encuentren desligados de la verdad, sino porque la buscan a su manera, y, además, porque respeta en los demás la naturaleza y la dignidad humanas, los recursos y las fuerzas del entendimiento y la conciencia... para poder alcanzar la verdad que aman, si es que algún día la perciben» (Utilidad de la filosofía).

¿Una nueva cristiandad?

La antigua cristiandad, la de la Edad Media que todavía influye en las estructuras de nuestro siglo, está caducada.

En primer lugar, aquella cristiandad era muy engañosa, ya que estaba envuelta en «pasiones y crímenes». Su norte era «la fuerza al servicio de Dios», «las cosas humanas protegiendo a las cosas divinas» (Questions of Conscience). Por eso sus dos expresiones más significativas fueron las Cruzadas y la Inquisición.

Pero la democracia latente —en el sentido más amplio de la palabra— que llevaba en germen el mensaje evangélico, como afirmó Chateaubriand en el siglo pasado y Bergson en éste, estalló en un inesperado resultado: «la disolución espectacular de la Edad Media y de sus formas sacrales, que engendraron una civilización profana» (Humanismo Integral). Este proceso disgregador de la Edad Media y sus reliquias nos lleva no a una cristiandad de estructuras rígidas y confusas, como la de la Edad Media, sino a una nueva cristiandad cuya estructura está en aceptar por sí mismos los valores humanos básicos, señalados por Maritain al principio de este reportaje, y en la cual ya no reinarán en lo religioso nada más que la santa libertad de los hijos de Dios, y en la sociedad profana la conquista de la libertad y de la dignidad humanas que todos tendrán que respetar (Para una Filosofía de la Historia).

El cuerpo político y el Estado que se encuentra a su servicio, según Maritain, no tendrán una fe explícita, sino una fe implícita. Una fe implícita que, como dice el ex salesiano padre Gérard Lutte, el apóstol de los pobres del barrio obrero de Prato Rotondo, en Roma, será una fe que «consistirá en el servicio a los hermanos», y no tendrá otra manifestación social de carácter sacral.

Y a ella habrán colaborado todos los hombres —pensadores o no— que adopten la postura que Maritain siempre adoptó y que describe así: «el filósofo no puede encerrarse en una torre de marfil; no puede evitar relacionarse con los problemas humanos en nombre de la misma filosofía, y en razón de los mismos valores que la filosofía tiene que defender y mantener. Tiene que testificar por estos valores cada vez que son atacados, como en el tiempo de Hitler... El filósofo debe proporcionar testimonios expresando sus pensamientos y diciendo la verdad tal como la ve. Esto puede tener repercusiones en el terreno de la política, pero en sí no es una acción política, es simplemente filosofía aplicada... Esto significa que nadie, ni siquiera los filósofos, puede evitar correr riesgos cuando la justicia y el amor están en peligro» (Utilidad de la filosofía. Ed. Morata, Madrid).

No todo lo que dijo Maritain está recogido en este bosquejo de su pensamiento; pero sin duda lo más abierto que vislumbró para el porvenir de una humanidad, como él quería más justa y más feliz, se contiene en estas palabras suyas que me limito a transcribir. ■ E. M. M.